

Agosto Ritual

Poemas a la Pacha



Programa
Ambiente,
Sociedades y
Territorios

ffyh
Facultad de Filosofía
y Humanidades - UNC



unc

Agosto Ritual: poemas a la Pacha



Agosto Ritual: poemas a la Pacha / Alfonsina Gregorio...[et al.]; Compilación de Cecilia Pacella ; Eliana Lacombe; Marcela Marín; Ilustrado por Analía Russo; Prólogo de Antonelli, Mirta A.. - 1a ed. - Córdoba : Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2025.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1885-0

1. Ambiente. 2. Poesía. 3. Antología de Poesía. I. Gregorio, Alfonsina II. Pacella, Cecilia, comp. III. Lacombe, Eliana, comp. IV. Marín, Marcela, comp. V. Russo, Analía, illus. VI. Antonelli, Mirta A., prolog.

CDD A861

ISBN 978-950-33-1885-0



Agosto ritual: poemas a la Pacha /Alfonsina Gregorio...[et al.]; Compilación de Cecilia Pacella; Eliana Lacombe; Marcela Marín; Ilustrado por Analía Russo; Prólogo de Antonelli, Mirta A.. - 1a ed. - Córdoba : Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2025. 108 p.: il.; 15 x 21cm

SBN 978-950-33-1886-7

1. Ambiente. 2. Poesía. 3. Antología de Poesía. I. Gregorio, Alfonsina II. Pacella, Cecilia, comp. III. Lacombe, Eliana, comp. IV. Marín, Marcela, comp. V. Russo, Analía, illus. VI. Antonelli, Mirta A., , prolog.

CDD A861

ISBN 978-950-33-1886-7



Área de
Publicaciones

Diseño de portadas: Manuel Coll

Fotografía de tapa: Eliana Lacombe

Diagramación y diseño de interiores: Luis Sánchez Zárate

2025



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 4.0 Internacional.

Agosto Ritual: poemas a la Pacha



Autoridades de la FFyH - UNC

DECANA

Lic. Flavia Andrea DEZZUTTO

VICEDECANO

Dr. Andrés Sebastián MUÑOZ

SECRETARÍA ACADÉMICA

Secretario: Esp. Gustavo Alberto GIMÉNEZ

Subsecretaria: Lic. María Luisa GONZÁLEZ

SECRETARÍA DE COORDINACIÓN

GENERAL

Secretario: Prof. Leandro Hernán

INCHAUSPE

SECRETARÍA DE ADMINISTRACIÓN

Secretaria: Cra. Graciela del Carmen

DURAND PAULI

Coordinador técnico-administrativo: Cr.

Oscar Ángel DONATI

SECRETARÍA DE EXTENSIÓN

Secretario: Dr. César Diego MARCHESINO

Subsecretaria: Prof. Flavia

ROMERO

SECRETARÍA DE POSGRADO

Secretaria: Dra. Miriam Raquel

ABATE DAGA

Subsecretaria: Dra. María Laura ORTIZ

SECRETARÍA DE INVESTIGACIÓN, CIENCIA Y TÉCNICA

Secretaria: Dra. María Laura FREYRE

Subsecretario Dr. Francisco MARGUCH

SECRETARÍA DE ASUNTOS

ESTUDIANTILES

Secretaria: Dra. Rocío María MOLAR

Subsecretaria: Lic. Virginia CARRANZA

PROSECRETARÍA DE RELACIONES

INTERNACIONALES E

INTERINSTITUCIONALES

Prosecretaria: Dra. Brenda Carolina RUSCA

OFICINA DE GRADUADOS

Coordinadora: Julieta ALMADA

PROGRAMA UNIVERSITARIO EN LA CÁRCEL (PUC)

Coordinadora: Dra. María Luisa

DOMÍNGUEZ

PROGRAMA DE DERECHOS HUMANOS

Directora: Lic. Victoria Anahí CHABRANDO

PROGRAMA GÉNERO, SEXUALIDADES Y EDUCACIÓN SEXUAL INTEGRAL

Coordinador: Lic. Carlos Javier LÓPEZ

ÁREA DE PUBLICACIONES

Coordinadora: Dra. Mariana TELLO WEISS

Palabras preliminares

Agosto es el mes de la Pachamama. Tiempo del ritual ancestral para alimentar a la Tierra, agradecer sus frutos y reiniciar el ciclo de la siembra. Es el final del invierno que anuncia el renacer del ciclo estacional.

Agosto es el mes de los vientos, de la sequía y de los incendios en nuestras geografías. Incendios que año tras año nos enfrentan de manera dramática a la destrucción de tramas de vida y con ellas, a las miserias, ambiciones, pero también a las solidaridades humanas.

Agosto es afecto. Desde este suelo que pisamos y escribimos es un tiempo de extremos que moviliza el torrente vital, el amor y el dolor frente a un planeta que sigue proponiendo vida, creación, aún en crisis.

Atravesadas por un tiempo en el que se multiplican las señales de alerta en torno al colapso ambiental a la vez que se profundizan las políticas extractivistas; nos preguntamos: *¿Cómo se transita un tiempo de incertidumbres y dolores? ¿Cómo se transforma un mundo que duele y amenaza? ¿Cómo se subvierte una irracionalidad terricida?*

Si en lo que se destruye sobrevive la marca de una monocultura que sostiene el excepcionalismo humano, apostamos a desafiarla a través de la agencia creativa de la palabra poética. Conspiramos, respiramos juntas, una alianza precaria y vital, poético-política, que multiplique afectos y sentidos ante el avance del extractivismo ambiental, la racionalidad ecocida y las gramáticas apocalípticas que mercadean sentidos y afectos.

En el gesto de ese desafío, en agosto de 2024 desde el Área Ambiente, Sociedad y Territorios y la Editorial “**Sofía Cartonera**” de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba, lanzamos la convocatoria literaria: **Agosto ritual: poemas a la Pacha** para hacer palabras nuestros dolores y sensibilidades en torno a la Tierra y sus naturalezas... Por entonces convocamos a *co-razonar-tierra*, a sublevar los afectos ambientales, a conspirar desde nuestros *sentipensares*, desde nuestro *ser con* las naturalezas, para re-existir y abrir horizontes de mundos de vida.

La respuesta a esta convocatoria literaria fueron treinta y seis poemas escritos por personas que habitan diferentes lugares de

Argentina y otros países latinoamericanos, enunciados en diversas lenguas -español, quechua, portuques- y entramados a través de una diversidad de estilos poéticos.

Agradecemos a les autorxs que han participado de este llamado, componiendo colectivamente esta obra polifónica que nos permite recorrer territorios sensibles múltiples desde paisajes afectivos particulares.

Expresamos nuestra gratitud a todas las personas que colaboraron en la producción de este libro: a Mirta Antonelli por la lectura ávida, profunda y sensible reflejada en el prólogo; a Florencia Colombetti por el trabajo de diseño y edición; a la artista plástica Diana Russo por la ilustración; a Pablo Becerra por la filmación y edición de la entrevista adjunta, a Pablo Giordana por el trabajo de difusión, a Mariana Tello y a todo el equipo del Área de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades por las gestiones editoriales, la impresión y edición digital de esta antología.

Agradecemos el apoyo constante del equipo de gestión de la Facultad de Filosofía y Humanidades; especialmente a nuestra Decana Flavia Dezzutto que con calidez y compromiso siempre camina a nuestro lado alentando a defender y hacer una Universidad cada vez más pública y cercana a las necesidades, dolores y luchas de nuestros pueblos.

Esperamos que les lectorxs puedan acompasar el pulso vital que entreteje las palabras, emociones, deseos, esperanzas, que configuran esta antología poética dedicada a la Madre Tierra que nace como libro a las puertas de un nuevo ritual de agosto.

Cecilia Pacella, Dir. La Sofía Cartonera
Eliana Lacombe, Dir. PAST
Marcela Marín, Consejo Asesor del PAST

Preludio

A propósito de *Agosto Ritual*

Como aquello que se toca o canta para ensayar la voz, ensayo, en estas páginas que preludian, una escritura de celebración. Por la iniciativa gestada - ahora convertida en libro-, que se imaginó, desde su irrupción-idea-, como una cooperación entretejida entre el por entonces Área de *Ambiente, Sociedad y Territorios* -hoy ya programa institucional por compromiso político-académico y social-, y de “La Sofia Cartonera”, atenta siempre a la producción literaria desde los márgenes. A su existencia material a muchas manos.

Celebración también por la sensible recepción de la convocatoria, y por ver/leer la abundante y politonal savia reunida en este poemario. *Ritual de agosto*, la tierra en rituales, el ritual de agradecimiento, el ritual de la congoja por lo desaparecido, quemado, devenido tierra baldía. El ritual de la plegaria sin templos. Poemario ritual, ritual poético, tierra y *poiesis*.

Una búsqueda inquebrantable por la palabra honesta, por la sensibilidad hecha cuerpo y lenguaje signa estos poemas de los que brota, de modo incontestable, una límpida celebración de la palabra, de las imágenes, oponiéndose de lleno sus signaturas a la falacia de los discursos que desgarran y despojan, siempre con la palabra corrompida de los mercaderes, traficantes.

Del poemario emanan, entre agosto y los septiembres cenicientos, una paleta de colores, mejor, un universo de tonos y semitonos; una experiencia fina, meticulosa, fraguada en y con olores, aromas, vientos y brisas, sonidos de vivientes, que son trazas de una sinestesia vital y de sus asesinatos, consumados o en ciernes. En el ritual de celebración trepidan también las heterografías de las violencias, las heridas, los huecos de lo ausentado, la marca de lo que ya no está; del río que no surca el pueblo o el monte, el monte que ya ha sido torturado y desaparecido; la montaña que sangra. Los pájaros sin nido, sin descendencia, sin legados. Migrantes ennegrecidos no sin antes llorar en sus lenguajes la brutalidad de lo humano.

Una poética interespecie, me gustaría decir, que activa una temporalidad anterior, que precede, que se sabe linaje de un tiempo no antropológico cobija la palabra dicha y reunida.

Una geografía de las culturas, me gustaría decir, se erige desde los versos. Una geomorfología de las lenguas, me gustaría decir, se habla, nos habla, o nos enfrenta a la lengua originaria sin puente de traducción, a su materialidad significante que nos interroga.

Palimpsesto lingüístico, mapa de tonadas, de ritmos y nombres que nombran lo viviente del lugar propio, del espacio de existencia, y también, por ello mismo, ese palimpsesto es patrimonio de sobrevivientes, patrimonio lingüístico que presentifica, con su existencia material, una persistencia no domesticada de una lengua vivida, de una comunidad hablante, ya como incrustación en el español, a manera de un bordado hecho de lengua y tierra, de manos y lugar; ya monumento de fruición desafiante que no se deja traducir, aun a costa de la ininteligibilidad. Porfía del decir, desacato quechua a ser hablado por la lengua del conquistador; pura presencia que nos vuelve ignorantes.

Poemario-mapa, cartografía de escrituras y también de lecturas posibles; los poemas cobijados aquí abren, como señaléticas en verso, a un universo de senderos, valles –despojados o aún plenos–, cimas majestuosas –explotadas ya o amenazadas–; ríos y arroyos, presentes vivos, moribundos o ausentados. Una experiencia por hacer, sin recorridos determinados, nos pone como viajeros, pero también como rastreadores, entre puntos y destinos; imaginar cómo transitar Famatina, cruzar a Catamarca, a la de Andalgalá, llegar a Salta y Jujuy, desde las sierras de Córdoba; o al revés, o en otra dirección, o ensayando pasos por huellas del camino imperial que llegan a mesoamérica. Y en el borde, en cualquier borde de las curvas, cuevas o planicies, de los innumerables tránsitos posibles, se está en la banquina de la expoliación: lo viviente sacrificial, disponible y dispensable.

El poemario da puntadas para coser el mapa de las violencias; de la mano y con las manos, el hilo y la aguja, gesto y acto, escritura y traza, nos hace llegar a los pueblos de nuestra América nombrados-presentificados, a través de su vegetación, de sus árboles; borda los mapas del saqueo, de la expoliación, en escenarios de de-

mocracias flamígeras. Un extractivismo también de subjetividades, de cuerpos y orígenes. Una maquinaria de invención necropolítica fantasma, o se hace presente en cuerpo presente: el poemario, signa, allí/aquí, ahora, el *durante la desaparición* de las formas de vida, de los territorios y la inextricable condición interespecie e intergeneracional.

No se trata en estos poemas comunales de un repertorio viviente, ni de un catálogo de especies; el poemario es un cuidado pero poderoso lazo para leer de otro modo, leer desde el cuerpo, volar con los cerros, atravesar el monte, devenir ceniza; demanda reponer la subjetividad de la sequía, el fuego, el humo, de todos, de cada uno, un *continuum* sensible que se hace lectura/escritura; quien lee mojonea los poemas con sus propias cenizas en los bronquios, con los pulmones marcados por el monte, los humedales arrasados, el bosque ceniciento, la sequía hecha tormenta de tierra y polvo, y el desespero de los días.

Poemas en - raiz - ados, plegarias, rezos seculares, sin templos, con ge/gaia, madre sierra.... una religazón no monoteísta ni monológica; las formas de vida del agua, el agua vida, el río como curso y destino; la montaña, cuna, origen casa; la luz, las cenizas, las brumas, horizonte cenizo; urna funeraria abierta....las crías perdidas...el río extinto..., el poemario nos habita. ¿De qué estamos aún a tiempo?

Agosto se acerca, nos acerca. ¿Será para compartir rituales de celebración con menos honras fúnebres a tanta vida diezmada?

Mirta Alejandra Antonelli
Julio 2025

Estado de metamorfosis

Alfonsina Gregorio

Sedimentos acumulados en determinado punto de la superficie terrestre

Sedimentos que fueron desprendiéndose con el trajinar
de la vida,
de los trazos recorridos,
de las tramas vivenciadas,
de las cortezas desnudadas
Se acumulan, se compactan, se litifican

Pasa el tiempo, más sedimentos se suman y pulsan hacia la profundidad de la tierra

Se sumergen en zonas más dúctiles, más calientes, con mayor presión que
inevitablemente invitan a la transformación

Los átomos de ese cuerpo sedimentado van modificándose
las estructuras se reordenan, lo que antes era de una forma hoy es de otra

Frente al calor el cuerpo se reacomoda, frente a las nuevas presiones igual

Imposible resistirse a la fuerza del viento, del sol, del fuego

Algo nuevo está por surgir, la clave: el tiempo

Un encuentro frente a frente con la indomable paciencia del tiempo,
de verlo pasar, de
dejarlo que pase

Lo profundo transforma

Lo caliente reordena

El tiempo acompaña.

El árbol de la vida

Mirta Gregorat

En la apaisada lejanía de tierras
y espaciosos confines de cielos abrazados
hombre, animal y floresta
convivían
en amistad y armonía.
Con edad de sierras y ríos,
miles de árboles nativos
desde el centro del planeta
elevaban energías
y sueños alimentaban.
Pastos, arbustos y flores en torno a ellos crecían.
Generosos, altruistas,
sus riquezas compartían.
Fabricaban chauchas dulces
para hombres y corzuelas, para suris y avecillas
y sus flores amarillas,
a las mieleras avispas
de néctar abastecían.
La Pacha, el aire y la lluvia
con amor los protegían.
Pero un día sucedió.
Llegó el hombre del trigo con regimientos de hachas
y a los cuerpos de madera, impiadosos los talaron.
¿Quién subiría energía?
¿Con qué se alimentarían?
Su dolor aúlla el viento.
El río brama su pena.
La madre se desconsuela.
Sin alimento,
reparo, sombra, sostén y cobijo
¿quiénes sobrevivirían?
Para escuchar otra vez

el torrente de la vida,
el latido de la Pacha,
el respirar del planeta,
el despertar de sentidos,
con simientes del futuro
los niños siembran y plantan
los árboles de la vida
reviviendo la esperanza
en la tierra empobrecida.

Oración

Devora Quinteros

Nos hemos rebelado a un dios
pero nunca dejamos la fe
cuando algo amenaza con devastarnos.
La naturaleza es mi Diosa.
Mi madre no me enseñó a rezarle.
Busco en mi lenguaje empobrecido
componer una oración de cabecera
a la que recurrir antes del sueño.
Un ave maría que me alivie,
que convoque a las vecinas
para que lo multipliquen con sus susurros.
Un rezo que me recuerde
que la oscuridad no es más
que el lugar en el que tiene
que permanecer una semilla
para germinar.
Regar con cada sílaba
el tallo que se abrió camino
buscando su vida.
Plegarias para que la primavera llegue a tiempo
y seamos el primer aromito en florecer.
Oraciones invocando las lluvias
y al calor transformador
con su amor dulce.
Palabras para bienvenir y despedir.
Volver con los ojos puestos en el futuro
a lo que de verdad importa.

De niña rezar antes de dormir
no tenía sentido.
De mujer comprendo
que mi esperanza
estaba
está
en la tierra.

La tierra me mandará a llamar

María Belén Arbelo Almada

En el borde del silencio,
en los pliegue del tiempo,
me visto de verde, amarillo, marrón.
Devuelvo el misterio que viaja de la raíz a la flor,
de la flor al viento,
pétalo, hongo, insecto
mueren
porque quieren saber quién sos.

De vuelta en este sol marrón
camino sobre tu panza madre
para sentir tu redondo corazón.
Me pongo mariposas en la oreja
para decir primavera.
Me cubro de tréboles y ovejas,
echo andar,
ensayo pasos de baile,
aprendo a caminar sobre tus piedras,
me convierto en salvaje y silvestre estación.

A ver si bosteza la tierra

A ver si levanta la voz
A ver si despierta,
tan vieja ,
y sacude su osamenta.

Un día el río se detendrá
El sol bajará sus brazos
La noche abrirá los ojos
Algún día ella
me mandará a llamar
y pedirá que baje la escalera
¿Cuánta tierra será necesaria para enterrarme?

Pachamama, madre tierra

Daniel Guido Ruiz

Pachamama, Madre Tierra
¡Kusilla! ¡Kusilla!

De nuevo, como siempre,
bajo el sol de agosto,
estoy postrado ante ti
ofreciéndote con mis manos
vino de las uvas de tu parral
y chicha de los granos de tu maizal.

Pidiéndote a cambio
salud y prosperidad
por los míos
y por los tuyos.

Pachamama, Madre Tierra
¡Kusilla! ¡Kusilla!

De rodillas te imploro
que cuando muera
mi humilde esencia
sea agua de manantial que calme tu sed,
surco que riegue tus frutales,
cálida luz del sol que ilumina el día,
aire que oxigena al mundo.

Y deja que mi cuerpo,
Pachamama, Madre Tierra
sea otra vez
en tu florido universo
fértil abono de plantas
porque de la tierra vengo
y a la tierra voy.

Muyunas

Guillermo Gardenal

Arqueo-logia

Hacer un esfuerzo por indagar el pasado
el lejano, el próximo, el cercano,
aquel que hoy se nos manifiesta
¿para qué?
Para saber de dónde vienen
esos perros chocos con pelajes tan raros.
Para intentar comprender
los abuelos y las pintas en el humo del tabaco,
las abuelas manos que realizan esas cerámicas tan finitas.
Para volver a sentir
sin querer controlar
la memoria pastando a la par de vicuñas,
los textos pintados en relojes de piedra,
los objetos y sus encantos,
pasados, pisados, posados y pesados.

- Serrezuela, Córdoba -

Salamanca

Rojo sobre negro
cerámica de los valles
alimañas en el monte
ritos de fertilidad
mago y ayudante
tordo ondeado
toro punzado.

- Salavina, Santiago del Estero -

Huayras de agosto

Amanece en Chiviquín,
entre garabatos y piquillines
canto sutil
del fuego y aves en los huaycos.
Tiempo nuevo,
de huacas abiertas
de bocas hambrientas,
de giros y vueltas
muyus y kutis que de la existencia hacen
una danza eterna
en ritos de paso.
Danzas que las vidas entrelazadas tejen,
ritmos que templan la urdimbre, única,
de cada ser en su comunidad de seres,
de Pachacamac en Pachamama.
Gira la rosa de los vientos, nuestra Santa Rosa,
¡abre el zonckoy! dijo al despertar la charata,
siempre abierto recordó la vertiente.
Aflora el tiempo que, antes quieto,
entre caricias y lamentos se hace oler
agosto en el viento.

- Unquillo, Córdoba -

Alpapuyoj

Lluvia, lava los cuarzos
ganglios de la montaña,
drena los surcos
venas de las quebradas.
Calma la sed
de las tierras bajas,
apacigua la calor
de la vida quieta y profunda,
del estar estando.

- Tafi del Valle, Tucumán -

Chayapujllay

Cuando la ancha espuma que rodea el corazón,
se arremolina cual río bajante en tiempos del agua
regando cercos, parras, olivos y antiguales,
despierta así, y aquí,
la bravura de la esperanza,
la simpleza de la alegría,
aquel cobijo inerte e inmanente,
que habita el aire de albahaca
y teje las costras enharinadas del pellejo.
¡Ay! antiguas venas minerales de las huacas dormidas,
cuanto que puede un zonckoy sentir,
cuanto que puede la vida gemir,
allí el instante del acorde arpegiado,
la caja como mundo que vibra
abrazos en pieles de greda,
verdes, marrones, rojos
paleta del espíritu de esta tierra antigua
de doradas vainas que contienen la fuerza del sol,
encanto del oro petrificado en el volcán,
Famatina tutelar,
protegidas por el Pujllay.

- Sangasta, La Rioja -

Abra del Inti

Ariel Díaz

Está lloviznando
desde que tengo memoria.
La humedad ha dibujado en mis pulseras
el mutismo que enfrento en cada calle,
puertas al agua,
al borde de las bocas de tormenta
con mis brazos sobre sierras quemadas,
estoy a la par de la grafía
que reproduce todas las fisuras de mis huesos,
arrodillado en los anillos de un árbol
que mira sus heridas,
sin pircas,
ante la respiración y el relato de las cañas incendiadas.
Las cenizas son mi única permanencia:
he vuelto al germen donde los huesos no tienen pasado.
Los extranjeros sin paraíso
masticaron mis paisajes
y guardaron en mi armónica
los terremotos de otros siglos.
En sus cuerpos,
precipicio en la curva, grité:
venderé mi boca al viento
y esconderé mi inocencia
por los ausentes de cada generación,
los supervivientes de túneles
y zanjas en las que arpegio
y humo formaron una rueda
que acarició solo a los que supieron
descifrar las lenguas de este lienzo.
Ellos dijeron: el mundo es palabra;
y las máquinas se ahogaron en sus conciencias.
Llegué a la mañana,

con la nariz de la caricatura,
la malicia del dibujante;
“no tengas lástima del viejo” pensé,
y depuré la garganta
de una vicuña en el pasto.
Nací cuando un siglo concluía
y los ramales cerraban,
no podía retenerlo.
Su estación nunca fue pueblo
y debía volver a la barranca,
a empujar la hamaca en el abismo,
a tocar la luz que siempre espera en la orilla,
al abrazo que nos eleva
cada vez que levantamos una linterna
para alumbrar el cielo.
Él también fue un ausente,
rasguñó las costuras y comió la lombriz
y el hueso de un feto gestado hace quinientos años.
Busqué a su hija,
ya no se hallaba en el catre,
y solo quedaba mi expulsión
o la patafísica,
el rancho vacío,
los dientes de leche
que la madre guardaba
en las orejas de un tapir tuerto.
En ella era posible
la confirmación del espíritu,
un grafiti del aura
en los íconos de un teclado.
Aquí, en el café de los gitanos,
leo la partitura de la ocarina
que los ovillos de piedra
me regalaron en la Panamericana,
la fuente de lluvia
en la que los peces hacen dedo.
Ahora,

un mural a través de la servilleta,
y ellos ahí, la hija, el viejo,
un mural de bosques en llamas.
Quisimos ser dioses
y dejamos el árbol.

la pachita

Julieta Albornoz

pachamama madre tierra
que el ctalamochita me vio nacer
te agradezco esta vida buena
y este monte que alimenta mi ser

calchaquíes y españoles
italianos y comechingones
tantos pueblos en mi piel
somos todes tus semillas
en vos hemos de crecer

no llores pachita mía
por tanta muerte a granel
por tanta hermandad caída
en malón ha de volver

escuchemos tu llamado
todos los pueblos hermanados
que obedezcan los de arriba
tu mandato milenario

La tierra y la lluvia

Natalia Andruskiewitsch

La Tierra se siente triste,
la Tierra llora.
Hace tiempo que a la Tierra
la han despreciado
y ella resiste y resiste.
La Tierra se siente triste
al vernos tan grises.
El sol escondido no se deja ver,
quisiera que reine ahí abajo el amor,
que suelten las máquinas
y vean a Dios.
En cada esquina y barrio,
como se mueve con dolor
mezcla de alegría,
nostalgia y compasión.
La Tierra se siente triste,
los cielos y el aire
de un invierno que parece eterno.
La miro llorar y la entiendo,
hay tantos velos encubiertos.
Más ella sigue girando,
soñando con un nuevo amanecer
para nutrarnos, llenarnos de miel,
aroma de aromito
al renacer.
Tlali Nanti, Pachamama, Nazakobajk,
Qanan Ulew, Ñuke Mapu, Tonantzin
Coatlicue, Jmé tik balumil,
Gea, Isis, Gaia
madre, mujer, anciana,
joven, niña, hermana,
virgen, serpiente, arco iris.

Danza con estrellas,
planetas, galaxias,
cometas.
Equilibra su cosmos,
su sol, su luna,
su rotación.
Ella sigue purificando el dolor
con sus lágrimas rebrota en
geometría de colores
silbidos elementales
nuevas flores,
colibríes, delfines,
océanos, mares, manantiales
visiones ancestrales.
La Tierra se siente triste
pero también sabe transformar
su dolor
convertirlo en río
en baguala
en zamba
en canción.
Tal vez, escuchar su canto
pueda devolverle la alegría
como ofrenda ritual
de armonía.
Somos Tierra que anda
somos una red de araña.
La vida nos da,
y en la muerte
nos abraza.
Gracias Tierra
gracias lluvia
por ese sonido
que cura.

Cargado de vida

Francisco Quijano

El árbol
me dijo/ es una persona
las montañas
me dijo/ son personas
el sol
me dijo/ es una persona
las nubes
me dijo/ son personas
la luna
me dijo/ es una persona
el aire
me dijo/ es una persona
el fuego
me dijo/ es una persona
el insecto
me dijo/ es una persona

y yo quedé como bobo / pensando cuánta vida / hay en esta tierra

Puna Colla

Diego Julián Chiarenza

Los cuencos se bañan de luz,
los sueños se tiñen de sol,
Un cerro, un abra, una cruz
y un viento que huele a mistol.

Los churquis, las queñuas y tolas
floreando a un macho cardón,
con una pupusa tan sola,
esperan calmar un dolor.

La tierra se yergue en paredes,
la paja aguanta el sufrir
por el sol que descargas sus huestes
y del viento que se hace sentir.

Las mancas de barro cocido
humean mote, chicha y sabor.
Un chango majillas quebradas
coplea entre juego y sudor.

Llamita que guías tu tequi
y el sueño de aquel porvenir,
tu lana abriga tu carne
y abriga esperanza de seguir.

Febrero se mete en las venas.
Alcoholcito del carnaval.
La fiesta olvida las penas,
las penas que no han de acabar.

Tristeza de la cuaresma
por Cristo que se ha de entregar.
Las coplas se tiñen de luto,
un día han de resucitar.

Cuentas tu vida en la copla,
cuentas dolor y pasión.
Viento de agosto que sopla
y arrastra a la pacha en canción.

Pachamama

Musuj Mallku

Pachamama,
Unaymanta pacha
Kay raymiykuqa.
Kawsayninqa, kawsay
Kallpachakusqanrayku.

Pachamama,
Wawaykikuna kayku,
Tukuy pachapi t'akasqa,
Qanmanta t'akasqa
Mana kawsayta atiykuchu.

Kaypi kashayku,
Munakuyku kasqaykuta,
Manaña manchakuykuchu.
Sapa saruyqa kallpachasqa,
Qhaway suyaywan junt'asqa.

Pachamama sapa wata
munayniykuta musujchachinki.
Sapa wata yuyachiwayku,
wawqi, ñaña kasqaykuta,

kawsay tukuypaj kasqanta.

Kayku Khapu purijkuna,
wajkunawan kawsanapaj
Saqumayku jallp'aykuta,
saqumayku kawsayniykuta,
allinta kawsanaykupaj

chayrayku sapa uj ñiqin

chajraqunakuy killapi,
saqumayku puquchisqaykita,
saqumayku puquchisqaykuta.

Sapa t'uquykupi,
Kawsayniyki wiñarinqa,
Manataj qunqasusqaykuchu,
Ñuqaykullawan kawsakunki.

Kay raymitaqa jallch'asajku,
Sapa aylluykupi,
Sunquyku ukhupi,
Mana chinkakunanpaj.



Escanear el QR para escuchar la poesía
y acceder a una breve entrevista con su autor.

Canchira¹

Pablo S. Reyna

Nuestro refugio.
Donde se nace y se cobija el *Uchimar*²
después de repartir dichas
y desiertos

Donde se agitan ventisqueros marrones,
cada vez que arde la vida
cuando se enciende la palabra de los viejos

Hablo de aquel reducto primero,
que guardiana la nieve,
las memorias,
y los mil azules del *Antatica*³

De la nacedora de *san*⁴ y *talalos*⁵
De la cuna de la estoica identidad
que sobrevuela cada sueño
que proviene de *pinacamche*⁶

*Lacza Canchira*⁷
Pecho de madre
Progenitora de la sombra larga donde cabemos

1 Madre Sierra, en lengua camiare.

2 Uno de los nombres del espíritu del viento, en lengua camiare.

3 Cerro El Cuadrado, en lengua camiare.

4 Ríos, en lengua camiare.

5 Arroyo, en lengua camiare.

6 Lugar donde se pone el sol y dónde se refugian los difuntos, en lengua camiare.

7 Pecho de la Madre Sierra, en lengua camiare

los de siempre
y los que vinieron luego

Señora del guadal eterno,
y de ese instante de tiempo perenne,
que es el eco de tu nombre en mis labios...

Lacza Canchira

Matrona de piquillines,
Piedras-campana y *lulus*⁸

Cuidadora del pulso del yagueté que se ha ido

⁸ Algarrobo, en lengua camiare.

Leves flores eran

Reynamora Azul

El viento habla solo
No acalla la voz de nadie
De a ratos viene con los perros de la otra banda
Cepilla la ventana
Sobresalta con una puerta que va a estallar contra su molde
Deshace flores secas en el aire
Exspande
las semillas deshoja los árboles
Murmura un agua que desanda lejos
Que simula que llueve
Y los ojos detrás del vidrio
Suspendidos en los frutos que el viento arranca
Maleficio nos tiñe
Hojarasca nos mata
el recuerdo

Aquí nadie pone llave a las puertas

Don Próspero

Alejandro Arriaga

Don Próspero habla cerca del micrófono y dice:

Un día

un peón, mi sobrino

o el hijo de Doña Telma

sale de la estancia La Trinidad

con un bidón lleno de combustible

y va yendo lento a medio tranco

rumbo al noreste.

Y va en su caballo

en el de siempre

pero antes

imagine que usted es una sombra

acá todo en poco tiempo

se vendió, se perdió, nos echaron

se hizo sombra.

Y ahora sí

sale el peón

empleado de una familia poderosa

mandado a quemar el campo

hacer arder las pajas

apurar los verdes

y va en su caballo

un caballo de esta tierra

que se crió en la misma pampa que él

y van los dos al trote

y van llevando

dos bidones de combustible en cada anca.

Para donde sea que mires

no hay nadie

y el sonido quieto del arroyo

y el viento de siempre

y el chango que es mi sobrino

y el combustible que vuela por el aire
y cae pesado.
y el olor del campo
y el del animal
y el olor del peligro
y se escucha el viento acelerando
y la quietud y las vertientes
y un cóndor y un cuí
testigos del fósforo
y de los primeros espasmos
del primer hueco de fuego
y las columnas humeantes
y el chisporrotear del pajonal
y los chingolos agitando el cielo
y un zorro que deja de esconderse y corre
y salta las llamas y escapa
y ahora alguien dice
es otro fuego en lo Cerra
y esa frase se repite 208 veces en cuatro años
y ese fuego sale siempre de dos estancias
170 paso de Las Rocas
y 38 en San Añejo.
Estamos aterrados y acostumbrados
y ese día, en la escuela
sonó el jandi en la frecuencia de la policía
y una voz agitada aviso a la directora
la muerte de alguien aparentemente conocido.
Mi sobrino, piedra, chelco
loica de este cielo, ayer nomás
domando corderos en el corral del fondo
riendo a los gritos con sus hermanos
cuidando a pura constancia
la huerta de su Nona Ana.
Miralo adentro, miralo así
como a cualquier chico de la escuela
esa mano de niño cualquiera, especial, de acá
prendiendo ese fuego bárbaro

ese fuego perro
se le ven los pómulos
se le arde la casa del alma
se le hace humo todo encima
cómo no haber abandonado
huido digo yo
venir a guardarse en los aleros de las piedras
en el agua negra de la lagunita
cómo no vino hasta la escuela con nosotros
cómo no vino a tiempo
a compartir, aunque sea
este despojo de vida.
Es mi sobrino
caído
en medio de las llamas
chamuscándose idéntico a toda la pampa.
Imagine el dolor de la Telma
Doña Telma
la que le enseñó a tejer
lazos fuertes de tres o cuatro hilos
a ordeñar y templar el queso
arrear los animales de ida y vuelta hasta la comida
a sobrevivir y disfrutar de esa vida cada día.
Imagine una tristeza así.

Coplitás

Aldo Flores

La conocí en la lucha
una mañana de sol
cómo buena cerrorista
Dentraste a mí corazón

Mí corazón se moría
lo hiciste resucitar
así nacieron mis coplas
que hoy te las vengo a cantar

La vida me dio tristeza
amargura y soledad
Vos me trajiste alegría
y estas ganitas de amar

Y...ya me iré contigo
a cantar juntos vidalas
Y.. apapachados estaremos
hasta fundir nuestras almas
sin abandonar la lucha
por la vida y por el agua...

Manarda

Ron Mairone

Ese manar dorado,
estallado en un pantano rosáceo
me alegró el día invierno.

Ese manar dorado,
poco tiene que ver con el verano,
pero hizo renacer el sol en mi luminosos.

Ese manar dorado, coqueto
que me seducía con los geminos
fuegos del 60 que circulaban.

Intenté seguirlo con mis ojos,
pero la humanidad se topó
en mi anhelo.

Lo ruidoso de lo moderno
irrumpió mi deleite del sol,
pues de vuelta me atrapó.

En la máquina plateada,
que me asfixia, que me coge
y me recoge, y me eyacula.

Estoy presa en la rejillas
de la episteme, en las
ladillas modernas.

Pero aún así, me alegra

ver ese dorado manar,
ese atardecer,

que me recuerda a
La primitiva,
que me recuerda
que estoy viva.

Manar que me vive,
Manar que muere
En las luminas de mi eterna noche moderne.

Redimirse

Fernando Caminante

Ya que el vértigo no recibe la correspondencia de nuestra escalada,
nos animamos al abismo.
Los primitivos dientes están en guardia,
a zarpazos vivos aramos la superficie.
La esencia de las raíces late en las sierras
Jarilla roja, arcilla negra
Cóndor negro y rojo.
Henen, san, lolma y chañar,
Alpa, chelco, guanaco y mistol.
La espina que ayer fue sangre hoy nos revitaliza.
La lluvia rebalsa cántaros,
y el abono, pieles.
Áridos estratos florecen.
Saberes ancestrales rompen las columnas del falso progreso,
nos cuentan que todo está al alcance,
la salud al respirar la floresta,
el sustento en el suelo cultivado.
Emociona sentir al monte aceptándonos.
Reforestarlo será redimirse.
El sotobosque llama a la rebelión,
sabe que no lo desaparecerán.
Apenas un descanso otoñal, al maltrato,
para resurgir con más fuerzas.
Y a su resguardo nos invita a semillarnos
a descifrar el espíritu del manto
a bailar con los orígenes en el barro
y a tener certeza que después del salto,
cuando brotemos,
la Madre Pacha,
estará extendiendo sus lazos.

Charatas

Lara Fortina

Lunes 7:01 a.m. Escucho el despertador y me despiertan ¿Cantan o rugen?

Martes 7:01 a m.Cantan fuerte.

Jueves ¿Gritos o aullidos?

Interrumpen mis mañanas

imagino desde mi cama

un pájaro gigante aplastando al sol

y no.

Son las charatas, pava del monte. Yacu. Yacu-Guasú. Ave galliforme.

Casi siempre van de a dos,

con pequeñitos saltos, baten el aire como si los huesos les quedarán grandes

o el cuerpo se les hubiera encogido de tanto gritar.

Tienen una cola marrón que me recuerda al vestido marchito de una novia.

Migraron desde el norte con un rastro de semillas.

Llegaron juntos los incendios y las charatas, desconcentrada miro al cielo todos los días.

Otra vez

septiembre con las cenizas suspendidas en el aire.

En la provincia de Córdoba hubo 55 incendios, 11.225 hectáreas quemadas.

En la ladera del cerro Ñu Pora no florecerán los jacarandas ni será verde la esperanza.

Meses de la tierra con sed:

cuento cada hoja de los siempreverdes que se marchitan.

El olor es constante, gris y áspero, raspa mis distancias.

Eco salvaje irreprimido

entre las copas de los árboles,

es urgente

avisan, en las cuatro direcciones,

que hay comida para todas.

La golondrina

María del Carmen Marengo

Una elipsis de aire.
Un punto móvil oscuro
y brillante
sobre nuestras cabezas.
Lejos, alto,
altísimo.
Y de pronto baja,
desaparece.
Y vuelve.

Hilo de barrilete imposible
la sujeta
y la suelta.

Viaja en góndola celeste
la golondrina,
la golontrina.

Negra y blanca estrella fugaz
con su esmoquin alado
volverá a amarrar nidos
en los amados balcones.

Llegará al Norte desde el Sur.
Volverá al Sur
desde el Norte.

Golondrina, es mejor quedarse.
No, golondrina, es mejor irse.
Tu vida es el viaje.
Tu vida es quedarte
en los días más hermosos.

Iremos y volveremos,
nos quedaremos
y viviremos
los días mejores.
Un hilo de barrilete
nos atará siempre
a la tierra
donde nos amaron
nuestros mayores.

Lamento de la tierra despojada

Jery Chávez

El verde deshielo de tus hojas,
que el otoño destiñe y el viento esparce por doquier.
Dejan tus ramas pálidas, obsoletas,
sin argumentos ante el filo del acero certero,
entregado a las manos implacables de los dioses del poder.
Ya no dará sombra el imponente algarrobo,
la dura armadura del quebracho no pudo contener su llanto.
El amor secreto de la acacia en flor deambula
con su noble madera; la miel de las obreras informales ya no endulza
la caja melódica de las aves matinales,
ahora son solo migrantes sin destino.
Nada, nada impide al depredador en su afán.

Coplas en el aire

Giovanni

El viento trae coplitas
de la montaña dorada
y entre arenitas la pacha
va soplando sus vidalas

Trae lamentos nocturnos
presagios de madrugada
un cancionero de penas
y melodías plantadas

Sus canciones son el eco
de la memoria del cerro
no las canta el mineral
sino la llama por dentro

Por eso es honda la voz
que desovilla los sueños
el ojito de agua turbia
en la vasija de miedos

Si hay dolor en la raíz
la cura debe ser sabia
porque la tierra no miente
y las plantitas no callan

Si contenta está la flor
es el color el que canta
pero si grita el dolor
el color pierde su alma

Las coplas cantan verdades
andan suelta por los valles

no solo son polvareda
son mensajes en el aire

Madre tierra que nos cuida
siga soplando sus coplas
porque el planeta se asfixia
y el que no escucha no sopla

Bichito de monte

Malena Petroli Trocello

El paso de la tarde lo encontró descalzo con las pupilas revestidas
de ámbar
como el color de la peste
y los chañares sonámbulos, poseídos
desgarraban uno a uno
los adornos del cielo.
Vagando mentalmente por su diminuto cuerpo recorriéndolo
cansado
se incorporó, deseando que de sí brotasen alas y se vio cubierto de
plumajes ajenos
de ropajes pestilentes.
Quiso entonces
refugiarse en la profundidad de la tierra, allá donde las
estalactitas del hambre no lo descubrieran pero en lo estéril de
aquel manto afuerino no encontró forma de enterrarse.
Miró hacia donde asomaban los calores, las llamaradas de lo
ávido,
y supo que en todo aquel estupor
ni el frío encontraría el camino hacia su pelaje hacia su cuna de
hierbas
sus muñequitos de paja, sus sueños de mistol.
La voracidad de un extraño
reclamaba para sí todos
todos los colores
que lo dejaban guiarse por el mundo
y no recordó cómo alguna vez pudo moverse o pensar
sin que la sangre lo cueza.
Arrullado por sonatas que no entendía
(quién las cantaba, por qué dolían)
por qué renegaban de todo a su paso
y teñían todo de ese polvillo denso, insufrible que hizo escapar
hasta el agua de las cuencas hasta los seres sumarios del tiempo.

Cuando el calor le alcanzó la espalda
sabiéndose presa desnuda
regurgitó su aliento
como una ofrenda a aquel extraño armado de ámbar aquel alado de
ceniza.
Y se dejó arrullar calmado
por el fuego
para volver al abrigo de las espinas
a lo sereno del agua,
allí donde el viento no le cierre las pestañas y el abrazo de las hojas
secas
las caricias elementales
ya no duelan.

Mientras él corría entre las piedras

Nélida Herrador

Detonación en la Sierra-Cantera,

Superpuesta al zumbido de la hidrante-avioneta en vuelo
Que surca el cielo rumbo a la ladera encendida.

Disparan y disparan.
Gasolina y polvos anti tormenta.
Sobre la sequedad de la tierra,
Sobre las hojas marrones disueltas...

Estábamos mi hermana y yo en la alegría del río,
En el Abrazo del septiembre equinoccial.

A pesar de todo,
De sus algas rojas,
De su disminuído caudal
Convidó alegría, arrullando el alma.

Mientras él corre entre las piedras.
Disparan sobre la hierba seca,
Riegan gasolina.
Plantan, en lugar de semillas,
Fósforos que encenderán el infierno.

Luego, culparán al hermano viento y al abuelo fuego
De tanta irresponsabilidad de la podrida hegemonía
De los locuaces depredadores inmobiliarios.

Los Topos roedores,
Psicópatas misóginos,
Van recogiendo los frutos

De la aceitada planificación social desintegradora.

Indiferencia encapsulada
En mentes termos,
Que siendo esclavos
Nos percibimos libres

Mientras vivimos esposados al mercado pago y al consumo.

Satisfechos con verter y conservar para sí mismos,

El bien común del agua,
Que escasea como un castigo
Y que no alcanza
Para ahogar
Tanta banal politiquería,

Prolijamente neoliberal.

Mientras, él corría entre las piedras.
Sensibilizando nuestros pies,
Para que al próximo día
Comenzáramos a sentir
El dolor flotando en el aire.

El aire que comenzaba a traernos,
En lugar de copos de nieve o blancos panaderos,
Que nos recordaran un amor,

Soplaba
Cenizas grises.
Negras.

Hilachas del monte quemado.

El monte allende nuestra Madre Sierra,
Ardía violentamente

Escurriendo humo sobre los socavados cerros azules.

¿De qué árbol, de qué rama,
De qué pájaro?

¿De qué animalito era esa hilacha de ceniza negra?

Estábamos mi hermana y yo en la alegría del río.
Yo cantándole con mi flauta, ella con su voz.

Mientras él corría entre las piedras,
Los saqueadores disparaban llamas
Enrojeciendo aún más el sol.
Fosforeaban pastizales,
Llenando el aire de humo y luto.
Humo, luto, dolor
Y cenizas negras...

Madre Naturaleza

Moisés Cárdenas

*En nuestra mente, en nuestros labios
y en nuestro corazón, está nuestra Pachamama.
Frase de la comunidad Kolla.*

Una parte de tu cuerpo
está quemado
el sol ya no brilla
como antes en tu piel.

Los pájaros no tienen donde posarse
Ni las flores tienen color.

¿Quién te lastimó?
¿Acaso te mereces el maltrato?

Alguien es culpable,
y se oculta en la caverna.

Una parte de tu alma
se hincha,
está a punto de estallar.

Hay cicatrices que se extienden
mientras el fuego aún persiste.

El infierno no está debajo de la Tierra
se encuentra en las garras
de criaturas maléficas
que brotan llamas
y dejan ampollas en tu piel.

La luna brota lágrimas

cuando te ve
y desciende para abrazarte.
Sientes la luz del cosmos
y en tus oídos
se escucha la voz de Séneca decir:
«Oh, tú, Naturaleza, gran madre de los dioses».

Extiende tus brazos
hacia el cielo
el sol intenta renacer.
Una parte de tu cuerpo
está seco
marchito
flácido
débil.

Ya no hay agua
para apaciguar la sed
sólo queda esperar
las nubes
y surja un árbol florido
desde la cima de una montaña
que la música de los pájaros
hagan poemas.

Cuando eso ocurra,
sentirás recorrer
el elemento sagrado
en tu piel,
te sanarás
y se escribirá tu nombre
en la primera hoja de la primavera.

Horizonte cenizo

Yelitza Hernandez Gonzalez

El sol se despereza lento, lento
con la confianza
que huele a tierra, plantas, vida...

Van y vienen horas,
trajín de seres que yerran y olvidan.

Bosteza la imberbe oscuridad,
emergen las lumbreras,
asoman los cocuyos,
Una bruma se cierne
por indómitas laderas,
su fragancia no admite rechazo,
le vale madre, se abre paso,
se cuela, impregna,
enferma voluntades incoloras,
manifiesta la saña contra las frondosidades
que oxigenan la existencia.
Luego de un chasquido chispeante,
avanza con ferocidad por distintos flancos
su marcha crepitante,
arrasa en un abrir y cerrar de ojos
tus cerros, los míos
tus bosques, los míos
devastados no los quiere nadie,
otros lloran la mengua
de palmas, samanes, cujíes, araguaneyes, cotoperíes,
ni los mamones se escapan
no quedan rastros que distingan sus colores
vestidos de luto, envueltos o derribados están,
su propia tierra ceniza
le sirve de lápida.

A dónde fueron a parar los pichones,
lapas, ardillas, serpientes y roedores
en rauda huida de su antiguo hogar?.

En tanto,
llegan nuevos amaneceres
luciendo ese tul indeseado
y un amargo recuerdo en las gargantas,
mucosidades nada gratas.

Tierra, senderos y pieles cuarteadas
Seca la vida, seca el alma.

Un arpeggio de agua

Claudio Revuelta

Los vapores del sol
despiertan sueños
de la selva densa.
Abren los poros
de la ensoñación profunda.
Voy a la piedra
de la quebrada oscura
mojado por un suspiro
nocturno.
Se me anticipan
susurros cristalinos
que todo lo embriagan.
La voz del agua
canta en la espesura.
Dicen su belleza
la lengua de las flores.
Dejan aquí
su juventud primera,
su agua transparente,
su espasmo vegetal.

Veo el tiempo
rumiar sin apuro
en los helechos,
su fulgor inclinado
hacia el carozo estival
que engulle el río
como una lampaagua
con sed de frutas.
El sendero pálido
se adentra angosto
en el ramaje oscuro

y oigo murmurar

los dientes del aire
en los duraznillos.

Un laberinto
de sombras y hormigas
me crece entre los dedos.
Hay un gorjeo permanente
marcando el pulso
de la resolana.
Agitan lo diminuto.
Me convidan los pájaros
los andamios del cielo.

Atrás me sigue el río
y una constelación
de hilos verdes
crece en el perfume
de la hierba dormida.
La vida resplandece
recién parida.
La selva furtiva
esgrime su arpa melodiosa.
Su encordado invisible
propala hasta el sueño
la música del agua.
Se descuelgan
lianas embriagadas
como jaguares
de la estación lluviosa.
Arden las frutas rojas
en las ramas verdes
y el musgo cadencioso
liba su mantillo verde
sobre la piedra tostada.

El único rastro,

extraño y hostil,
es el sendero
hiriendo la espesura,
lavada ahora por la lluvia.
Es la selva temblorosa
la que me devuelve
a cada instante
su mirada enamorada,
mojándome gota a gota,
gajo a gajo,
la frente.

Debajo del ojo del cuarzo
guardo el corazón abierto
de los míos.
Pequeño recodo
donde descansa el mundo.
Un arpegio de agua
exhala el monte en las alas
de las mariposas.
¡Todo aquí
pertenece a la vida!
Es la voz amorosa
del agua cantando,
a escondidas
de los escombros,
de la humanidad.

Solo el cielo sabe

Antonella Paltrinieri Fissore

Solo el cielo sabe de su ceguera
cuando las llamas suben,
cuando suben las llamas
con sus brazos hambrientos
cuando la tierra no les satisface
cuando las aves han quedado tiesas
esparcidas por el monte,
estatuas pequeñas de miedo y ceniza.

Solo el cielo sabe de la impotencia
del agua insuficiente
cargada en el vientre mecánico
de la bestia aérea.

Solo el cielo sabe que no lloverá esta noche
verá con su ojo tuerto avanzar el fuego
penetrar en los nidos y las madrigueras
lamer las tapias y los corrales
los lomos heridos.

A la ciudad llegan las cenizas,
una urna funeraria abierta,
remolinos secos traen partes
de lo que fuera alguna vez lo vivo:
se amontonan en las veredas
las ventanas
las manos,
flotan en el agua que bebemos.

Solo el cielo sabe que no hay descanso posible,
él conoce el llanto de niños y viejos

la premura de los bolsos armados

en la huida del espanto.

Solo el cielo sabe de las manos
que firman los acuerdos
sellan los contratos
por millares de hectáreas vendidas,
solo él sabe del suelo
que no puede absorber
ni sostener
ni hacer crecer de nuevo
porque no se lo permiten.

Lo único permitido es el negocio de la muerte,
la herida en el corazón de la montaña
el gozo de la malicia
el exilio de los zorros comiendo basura.

Solo el cielo sabe que hoy me he despertado
y he escuchado el canto de un pájaro que no conozco,
me he quedado quieta en la cama
detenida en el movimiento,
como una estatua,
le he escuchado cantar sobre las crías perdidas
la tierra que era suya
el río extinto.

Este es,
este es el mundo
y aquí vivimos.

Mi serafín

Nazarena Ludueña Polverini

i.

desolado árbol entre medio de cemento
desolados niñxs corriendo alrededor del árbol

cemento teñido de gris el aire corre

los niñxs lo habitan,
entre casas grises
y tiempos verdes

ese árbol tenía nombre:
serafín, nombre masculino
persona de singular hermosura.

despojado de su hábitat el árbol sonreía:
lo llamaban por su nombre
corrían a su alrededor
lo abrazaban y reían

quisiera saber qué significa un nombre para un cuerpo con hojas y raíces

¿hacia dónde van las sonrisas compuestas por tronco y savia?

desmembrado de su tierra
entre cementos entre llantos
aquel árbol crecía
y discutía entre sus raíces el sentido del habitar sin canto

¿hacia dónde van las lágrimas de los árboles?

ii.

soslayadas construcciones que destruyen lo divino
que entre estructuras y ladrillos tapan cortan arman
un habitar que se presenta como real y plagado de coacciones

de estructuras no arquitectónicas de poderes múltiples
de expulsiones sistemáticas de desórdenes ecológicos

ayer en el medio del cemento
ese árbol seguía atrapado ensimismado con otras vidas
que desandan entre cuerpos a simple vista libres

¿quién descifra el canto de aquellos cuerpos portantes de tierra?

¿hacia dónde expulsan sus raíces si el viento-creado-por-cuerpos
las presiona y las mete hacia adentro?

los niños seguían corriendo

la savia se desplazaba hacia abajo
hacia abajo del cuerpo
del árbol

iii.

ayer la tierra me dijo su nombre
me habló entre sueños
me dijo que pruebe
que pruebe y vea
que vea si mostrando su voz
dejan de quemarle los cimientos

también me dijo que aquél árbol había muerto
que la helada lo mató
que los niños lloraron y que ahora corren sin rumbo
pero que si el tiempo así lo quiso así será

que tampoco sabe a dónde van sus lágrimas
que tampoco sabe descifrar su canto
que tampoco sabe

iv.

esxs niñxs poco sabían de la composición de otros cuerpos
pero cuidaban querían amaban a ese árbol

que quizás solo lo hacían porque estaba cerca:
cerca de su casa de su mamá de su cuadra
que quizás solo lo hacían porque estaba cerca:
cerca de sus juguetes de su tierra de su cuerpo

¿a dónde van los árboles cuando mueren?

en el cemento, poco espacio tienen
están lejos de sus otro campos
pero cerca de las bases
destrozadas de un mundo a punto de implosionar

iv.

quisiera saber por dónde pasa la afectividad de un tiempo sin ci-
mientos

si quisiera implosionar
debería seguir actuando sin pensar en
la-vida-vivida-lejos-de-mi-cuerpo

si quisiera quedarme acá debería
pensar en la vida de los árboles

quizás tenerlos cerca
es parte de la no explosión
y parte de la transición

reforma afectiva vivida entre la piel mía y la piel de tronco
reforma colectiva vivida entre cuerpos sin calma
reforma implosiva vivida sobre tierra querida

v.

el canto de la tierra opaca nuestro tiempo

solo hay que agudizar nuestros oídos
pulir nuestras miradas
tejer nuevas palabras

solo así oiremos su canto

que va incrementando el volumen
que va acercándose a nuestras limitaciones
económicas biofísicas ontológicas afectivas

hacia la implosión

y en el -mientras tanto- canta:
quizás la melodía obstruye el fin
quizás el fin no es tal
y solo nos queda aprender a convivir con el canto

Diario de la sequía en la antigua tierra de la garúa

Jean Palavicini

I

¿Por qué pasa y no fecunda?

¿Acaso resistís a caer donde escurrirás
de canales a ríos agonizantes?

¿O preferís caer más adelante
y hacerte río
de donde se beba?

Sabia en lo que tienes de dádiva
tocando raíces de otros parajes,
enseñas la sequía a la tierra
antes preferida
donde habitabas siempre fina.

II

Dicen mucho de vos.
Hay quien diga
que así esquiva
nos evitas.

III

Noches del follaje en marullo
cuando el viento hace días soplando
es heraldo de la lluvia lejana
desde mucho soplada y no vista.

A lo lejos con sus gestos de aire
haciendo que viene y se va
compone la danza que inspira

sus celestes bailarinas que le parecen invocar.

Árboles en el círculo de sus pasos
abren las manos de las ramas
sobre un lecho de semillas.

De la cumbre de sueño de la noche encubierta
nos despierta un sudor de lluvia mínima,
mínima, tan mínima que ya no cae.

IV

Amanecer fecundo.

Depararse con árbol todo en flor
sin verde alguno de hoja.
Ramos vestidos de pétalos blancos
como nube al ras del piso.

¿Bastará tan breve caricia tuya
para los brazos desnudos
sobre el pasto seco
ponerse, finalmente, en nupcias?

Pomo donde se desprenden besos
pálidos cálices de pluma mojada
en lento-etéreo gotear,
abandonando los ramos
en busca del espeso charco blanco
sombra de árbol
donde la larga espera de la flor descansa.

V

Qué sorpresa, en la madrugada,
en medio a la sequía de aquel silencio
que parecía ensordecir las raíces de la primavera,

sentir un breve salpicar

del inmenso charco del universo.

¿Habrá una nube tropezado?

VI

Dando tan poco
ya tanto cambia.

Alrededor, en las ramas en pelo,
el Zorzal y el Benteveo
rinden encanto

es cuando la vida toda,
de repente,
se parece a una plegaria
que celebra

y agradece.

Te escribo

María Julieta Miranda Russo

Te escribo, madre.
Le escribo a tu semilla
a tu núcleo
a tu piedra.
Soy tu hija
y tus raíces están conjugadas en mis venas.
Le escribo a tu agua coagulada en mi sangre
y a tus pies borrados de la arena.
Te escribo, tierra.
Le escribo a tu cielo
a tu viento
a tus pestañas hechas de plumas
a tus pájaros hechos de aliento.
Te escribo desde tu suelo
que sangra, llora
y supura dolor por el fuego.
Muere una parte tuya
y quedas madre infértil.
Madre infértil
debajo de tus propias cenizas,
y un hijo con botas pesadas
te deja marcada,
y calla tu vientre con cemento.

Le escribo
a todos tus úteros secos,
a las flores que no crecieron,
a los pies que no te anduvieron.
Te escribo, mi madre,
mi luz,
mi tierra.
Te escribo

porque si te canto,
caprichosa te llevas las palabras.
Porque si te toco,
egoístas mis manos
por no dejar para el resto.
Te escribo
porque es la única forma que encuentro
para que tu latido siga
en el pecho y en la palabra,
donde nadie nunca
podrá quemarte de nuevo.



“Aurora”. Gentileza de Analía Russo

Escudo de corais da Amazônia

Daniel Glaydson Ribeiro

A beleza desse mundo
Está nas coisa secreta:
Veja os Corais da Amazônia
Lá nas profundeza quieta,
Só mergulhando pra ver
E ter olhos de poeta.

Pois foi só neste milênio
Que a ciência descobriu
Um recife impressionante
Bem no alto do Brasil.
Os Corais longe da luz!
Onde é que já se viu?

Nossa querida Amazônia
Acha pouco o que já é:
Tropical imensidade,
Tem verde pra quem quiser
Pesquisar e admirar
Sem vir meter a colher.

E agora mais um bioma,
Gigantesca maravilha
Que parece nos dizer:
Esse mundo é uma ilha,
Cuide de cada pedaço,
Não caia nas armadilha

Que o próprio homem inventou
Pra destruir o planeta,
Chamando revolução

O que na verdade é treta:
Fumaça, calor, queimada!
Ninguém sabe onde se meta.
Quanta maldade e cobiça
Nesse hōme industrial,
Escavando intē os mares
Como se fosse um quintal: Sem respeito à natureza
Extrai fósfil e mineral!
Mas foi há duzentos anos,
Você pode até dizer,
Que essa zona começou,
Ninguém podia saber
Que iam dar com os burros n'água E nem ter o que comer.
Modernice, estupidez!
O tal “progresso” era hino, Mas hoje não tem desculpa: Todo mundo
tá sentindo,
O calor está matando
E as planta num tá florindo.
Então tome tento, moço,
Não mexa no que é sagrado. A Foz do meu Amazonas
tem o corpo bem fechado.
Seu recife de Corais
É escudo abençoado!

Te necesito Pacha

Enzo Sebastián Peralta

En mi sangre hay sangre de otras tierras
pero la más fuerte es la de mi tierra...
De tierras lejanas dicen que dios está en la naturaleza
pero no saben que eres mi madre, “la Pacha”
Donde esté puedo verte, oírte y tocarte
Belleza insondable, incontenible e inalcanzable,
como nube que galopa en el viento y acaricia el Aconcagua
como espejo de agua que refleja el cielo en la tierra
y en mi tierra cordobesa la Mar Chiquita tiene cielo
Hoy te extraño porque hace mucho que no te veo
y la nueva muralla se llama “el centro”
Castillo grande con torres que siguen creciendo y no me dejan
verte
tan encerrada mi libertad que para llegar a ti debo “escaparme al
campo”
donde hasta el firmamento está menos contaminado y parece
tener más estrellas
Confinados en tu faz, mis hermanos te lastiman
como si no oyeran tus gemidos de dolor
Rompen tu figura para escarbar en tus entrañas
y arrancar de tu cuerpo más y más tripas y huesos
Enseñoreados de todo lo que hay, creyendo ser mejores,
esgrimiéndonos de la razón, ignoramos tus avisos
cometiendo la lógica del escorpión, como si la posteridad no
importara
o como si mis pies flotaran...
Si hasta para servirnos de ti con alimento te inyectamos veneno

Te necesito, Pachamama, no te rindas, no me sueltes

Cuna de mi madre, aposento de mis hijas ¿cómo te conocerán
mis nietos?

Aunque los abrils te marchiten, se aprontan los septiembres
cuando más luces tu belleza, como mujer hacia el altar
Si no estás, hasta el aire me falta...
Si no estás, ya nada habrá sin ti...
De a poco se desvanecerán mis sentidos hasta quedar
sumergido
en el total silencio y vacío de la muerte por haberte matado.

Verdad re(b)elada

Mauricio Nicolino

Sombrío juego entre atardecer y amanecer,
el encontrarse con un mundo,
que se renueva en su padecer.

Cambiar sosteniblemente o mutar sustentablemente,
“nuestra” tierra nos exige humildemente,
que aprendamos a comprender.

No hay una única respuesta,
pero el camino elegido hoy,
no puede ser nuestro riel.

En el horizonte del Sur,
la pregunta ha de surgir,
“¿en qué mundo queremos vivir?”.

¿Y si acaso el ambiente,
sacralizado en la eternidad conceptual,
nos invitara al amor profundo?

Ontologizamos rápidamente “nuestra” tierra,
pero difícilmente la politizamos afectivamente.

“¡Acciones, el mundo nos padece!”
nos llega el imperativo del Norte,
como ceguera de nuevos horizontes.

La catástrofe ambiental, cuento preferido,
adolescencias y niñeces vaciadas de sentido,
por un mundo ya vendido.

Tierra inundada de desérticos bandos,

víctimas y victimarios del mismo acto,
ocultando la conciencia al sí-mismo.

¡Cuánto mal nos ha hecho Prometeo!
ríen Calicles y Bacon,
en el bar de las criaturas.

Destitución de la vida vívida,
extrayendo bienes sin bien-venida.

Responsabilidad modificar la técnica,
para con ella exprimir éticas,
que renueven nuestra antropología eidética.

Mismidades avanzan cooptado tierras sagradas,
sobrevuelan exigiendo titulación profana,
valorando un papel sobre un rostro.

Somos Nausicaä en las cenizas,
habitamos la esperanza del cambio,
pertenecientes al vuelo protector de lo sagrado.

“¡Es el momento de que cambien!”
exigimos desde el Sur,
con fuerzas de poca consideración.

Vacían nuestra existencia de sentido,
la vida se vuelve profana,
la angustia destruye lo que amas.

¡Cuánta vida hemos perdido,
en este camino predefinido!

Imagen apolínea la muerte,
velo protector de realidad hiriente,
apaciguadora des-esperanzadora del cambio.

Gran sabia eres tú Gaia,
sufriente de agonías multitudinarias,
guíanos materialmente hacia lo espiritual.

Seremos cyborgs marginales del sistema,
protectores de la casa común,
quienes luchemos por ser-tierra.

Rómpete individualismo tan cruel,
escisión fatal de la alteridad,
y revélase la comunidad planetaria.

Lo infinito de nuestros sueños
necesita lo finito de este suelo.

Su sonrisa es grieta de vasija herida

Pablo Antonio Ponce

Ella abre sus brazos lloviendo su lluvia desde las axilas, sus arrugas crujientes llenas de otoño y tierra colorada, polvorientas sus cejas tupidas, abundantes y cóncavas como aleros pictografiados en montañas rocosas y lejanas.

Agita sus polleras hechas de hojas enormes y espinas ponzoñosas, de pétalos suaves como acuarelas, de marañas de paja brava y lanas deshilachadas pero sólidamente entramadas, cargadas de innumerables colores de tintes naturales. Su sonrisa es grieta de vasija herida, de cántaro de cerámica alcanzado por un piedrazo y en ese hueco oscuro y fresco se adivina un cuerpo funerario, una voz

ancestral y ventosa, un olor a mantillo humedecido. En esa fría oscuridad se alcanzan a ver moribundas luces de estrellas, las más lejanas.

Desde esa sonrisa grieta oscura boca abierta parece estar por salir un escupitajo de estrella fugaz en cualquier momento, un acullico verde oscuro y masticadas ya las hojitas sagradas, un grito que empezó antes que se abriera esa cavidad, un grito que continuará cuando la vasija de barro cocido ya sea polvo en el territorio olvidado.

Porque Ella es más que barro y más que estrellas, es más que la vegetación de sus piernas, más que los acantilados de sus muslos, es más que el remolino de lava incandescente de su sexo, más que la inundación torrencial de sus lágrimas arrasando los barrios mal diseñados, desarmando la ilusión del progreso.

Es además el terremoto demoledor de su alegría, el tronar y el centelleo de sus pensamientos abarcando el tiempo y la bóveda del cosmos, es el galope innumerable y huracanado de sus danzas, es la reunión de los seres que han despertado y se han descubierto insatisfechos de la pulcritud de las estructuras milenariamente establecidas, necesitados del agua verdosa de los estanques, del barro viscoso en que salta una rana, del riesgo en ese sendero que cruza la zona de garras, colmillos, excrementos y perfumes de flores sin nombre.

El ámbito de ella, de sus cuevas y laberintos que resuenan con la piel humana, con los pelambres salvajes, con la paz del silencioso atardecer de cielo rojizo y pájaros que regresan, que vuelven de lejos para encontrarse y descansar hasta que el Centro encendido de fuego surja de su vientre una vez más y con voz de amanecer llame haciendo sonar un enorme caracol, de una vez, a participar en la batalla del fin del mundo. O al menos al fin del mundo como lo conocemos, del mundo que se construyó en la pretensión de marginar a las periferias de lo sucio y desagradable, del pobrерío y el pobre río, del antiguo olvido, de lo que quedó sin alambrear, por fuera de la razón lógica, el fin del mundo que la marginó a los territorios invisibles al poder.

De la nada viene, habiendo sido tenida por nada. Con todo viene, pues es la madre de todo. Con los nadies viene, pues nadie se acuerda de ella. Con la muerte viene, pues la muerte le ofrece su cosecha. Con la vida viene, pues la vida cicla sus procesos en su sangre.

Viene sonriendo. Su sonrisa es grieta de vasija herida...

Canto a la tierra

Leonardo José Garzón

Este canto vuelve a la tierra a la que pertenezco.
Cielo de soles y de lunas nortañas
acunaban los paisajes donde en años de infancia
vi por primera vez celebrar a la tierra.
Allí, viejos pozos a la luz de la luna y el sol
cobijaban la ofrenda de tu gran creación de materia y vida.

¡Pachamama!

Sé que mis paisanos en Jujuy
abren esos huecos inmensos en tu vientre maternal tierra
para ofrendar los frutos y los alimentos
de tus generosas y tus bienvenidas cosechas
que combaten los malos tiempos
de escasez y de hambre.

¡Pachamama! ¡Santa tierra!

Este poema es la ofrenda
de un niño barro duende que conoce el poder de la tierra
y el noble alimento que tu corazón engendra.

¡Pachamama!

Yo al igual que un misterioso coquena,
protejo, celebro y venero tu gran creación
y te cuido cuando cuido a mis plantas
y cuando cuido a los árboles de la vereda
y a las aves que cantan en mis mañanas
y que viven en razón de tu piedad e inmenso corazón.

¡Pachamama!

Como los vientos de agosto yo te soplo mi propio viento
para unirme a vos en un solo aliento
en un solo canto.

No te rindas madre eterna.
Necesitamos que tu viejo amor por la vida y la materia
equilibre nuestras viles acciones y torpes comportamientos.

¡Pachamama!
Perdónanos por nuestra ignorancia
y ayúdanos a sostener el equilibrio del mundo
para que nuestro planeta salve la poca vida que nos queda
y no se desfonde nuestro trágico destino humano.

¡Pachamama!
Espero que mi canto que ahora es tu canto
nos pueda recordar
que tarde o temprano todos volvemos a ser parte de la tierra
y quizás, más allá de la muerte,
mientras nuestros cuerpos se descompongan
seguiremos alimentándote
a vos gran madre que hoy devoras
toda el hambre y toda la sed del mundo.

¡Pachamama!
Cuando esté del otro lado
sé que alguien arrojará un poco de vino y un poco coca
y sentiré nuevamente
el sabor sentido cuando vivo
y entonces por fin habré comprendido
que me he unido en alma y en cuerpo
a tu vientre tierra que me engendrará
para cantarte, una y otra vez, eternamente
así hasta el final de los tiempos.

Contactos de autores/as:

Alfonsina Gregorio: gregorio.alfonsina@gmail.com
Devora Quinteros: devoramarcela@gmail.com
María Belén Arbelo Almada: mbelenarbelo@upc.edu.ar
Daniel Guido Ruiz: dgruiz644@gmail.com
Guillermo Gardenal: guillogardenal@gmail.com
Ariel Díaz: diazariel14@gmail.com
Julieta Alborno: cronopihadas@gmail.com
Natalia Andruskiewitsch: andrusnat24@gmail.com
Francisco Quijano: criselferroviano@gmail.com
Diego Julián Chiarenza: diegochiarenza@gmail.com
Musuj Mallku: av.musoj@gmail.com
Pablo S. Reyna: pabloreyna@upc.edu.ar
Alejandro Arriaga: arriaga_ale@hotmail.com
Ron Mairone: rocionieto@mi.unc.edu.ar
Lara Fortina: laraafortc@gmail.com
María del Carmen Marengo: mariamarengo2@yahoo.com.ar
Giovanni: giovanniferuglio@gmail.com
Malena Petroli Trocello: malena.petroli@mi.unc.edu.ar
Moisés Cárdenas: viajesideral2@yahoo.com.ar
Yelitza Hernandez Gonzalez: yelihernandezg@gmail.com
Claudio Revuelta: claudiorevuelta@gmail.com
Antonella Paltrinieri Fissore: antonella.fissore@unc.edu.ar
Nazarena Ludueña Poverini: nazarenaluduenaa93@gmail.com
Jean Palavicini: jeanpalavicini@gmail.com
María Julieta Miranda Russo: julimirandarusso@gmail.com
Daniel Glaydson Ribeiro: daniel.glaydson@ifpi.edu.br
Mauricio Nicolino: mauricionicolino2002@gmail.com
Pablo Antonio Ponce: pabloycolores@gmail.com
Leonardo José Garzón: poetaalmafuerte@gmail.com



unc

ISBN 978-950-33-1885-0



9 789503 318850